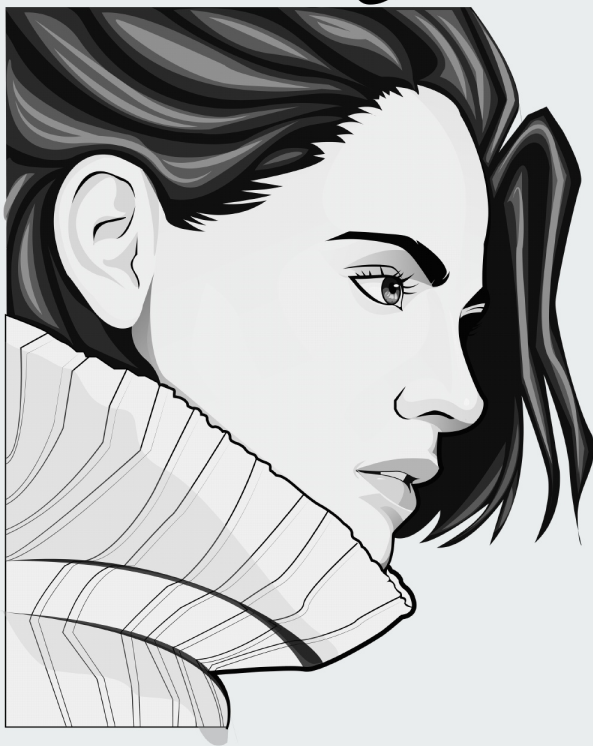


DANIEL M. GIVAUDAN

*Con amor,
Nikky*



Inmarcesible

Capítulo I

Apoyé la mano en el muro junto al faro de Calella y se me quedó una escama de pintura pegada a la palma. La froté con el pulgar. Había pasado allí tantas tardes que aquella despedida, con la mochila a los pies y el tren saliendo en menos de una hora, me daba un poco de vergüenza.

Abajo, en la playa, un hombre doblaba una toalla junto a la orilla. El mar estaba tranquilo. Septiembre todavía dejaba sentarse en las rocas sin buscar una chaqueta.

Saqué el teléfono para hacer una foto. En la pantalla cabían el sendero, parte de la playa de Garbí y el banco donde Helena solía quitarse las sandalias. Ajusté el encuadre y disparé. Después guardé el móvil, bastante molesto conmigo por haber reconocido un banco antes que todo lo demás.

Teníamos demasiados sitios en común. La panadería donde compraba el almuerzo, la curva desde la que empezaba a verse su calle, una mesa concreta en una terraza. Hacía cuatro meses que habíamos terminado y aún me sorprendía preparando cosas para contarle. Algunas se quedaban conmigo hasta la noche.

El teléfono vibró dentro del bolsillo.

—Dime que ya has salido de casa —dijo Toni.

—Estoy en el faro.

—Claro. ¿La maleta tiene vistas?

—La he dejado en el bar de la estación.

—Bien. Mientras alguien tenga intención de venir...

Me senté un momento para sacarme una piedrecita del zapato. Toni se movía por su cocina; reconocí el golpe del armario que siempre cerraba con la cadera, incluso cuando vivía en el pueblo.

—Te he vaciado dos cajones —dijo—. Y hay sábanas limpias.

—¿Dos cajones enteros?

—Uno contiene cables. Tenemos que hablar de eso.

Sonreí mirando el zapato en mi mano.

—Gracias, Toni.

—Avísame cuando subas al tren.

Me colgué la mochila y bajé por el sendero. Al llegar a la última curva volví la cabeza. Desde allí el faro parecía más pequeño, con una mujer acercándose a la puerta y un niño empeñado en subir al murete. Me aparté para dejar pasar a una pareja. Llevaban toallas al hombro. Yo llevaba un cargador, tres camisetas y una copia impresa de mi contrato, por si a alguien en Barcelona se le ocurría negar que me habían contratado.

En el bar me entregaron la maleta y un café que bebí demasiado deprisa. Compré el billete en la máquina, comprobé el destino dos veces y bajé al andén. Había ido a Barcelona de compras, a con-

ciertos, a visitar amigos. Aquel sábado me costó elegir dónde sentarme.

Encontré sitio junto a la ventana. Al guardar el billete en la mochila toqué la taza envuelta en un trapo que había metido a última hora. Blanca, con el asa torcida y una mancha de café que el lavavajillas nunca acababa de quitar. Había trabajado con ella al lado durante años. Me pareció razonable que viniera a comprobar el nuevo empleo.

El tren arrancó. Escribí a Toni y dejé el teléfono boca abajo sobre la pierna.

El lunes empezaba como desarrollador en una empresa de videojuegos. Tenía veintinueve años, ahorros y un contrato de un año con un sueldo que había releído varias veces. En la entrevista técnica me había sentido cómodo hasta que me dijeron que les gustaba cómo pensaba. Desde entonces había encontrado un buen número de motivos para dudar de aquel criterio.

Miré un rato el agua entre los edificios. Luego abrí en el móvil el correo de bienvenida. Había un nombre al que preguntar en recepción y una hora. Podía empezar por llegar a esa hora.

Toni me esperaba junto a la salida de Plaça de Catalunya, comiéndose un bocadillo. Me abrazó con un brazo y me puso la mitad que le quedaba en la mano.

—Toma. Te conozco.

Tenía hambre. Mordí antes de preguntarle de qué era.

En su piso de Sant Antoni olía a ropa tendida y a salsa de tomate. La habitación pequeña daba a un patio donde alguien sacudía una alfombra. Había una cama estrecha, una mesa despejada y un ventilador orientado hacia las almohadas. En el cajón de arriba encontré tres cables y una pila suelta.

—Me has engañado —dije desde la puerta.

—Podemos compartir la custodia.

Dejé la taza en la cocina. Toni la reconoció y fue a buscar café al armario. Mientras lo preparaba me enseñó el juego de llaves, el estante de la nevera que había vaciado para mí y el mando de la televisión, cuya tapa se sujetaba con cinta adhesiva.

—El lunes hacemos números —dijo—. Hoy instala tus trastos.

—Ya me dirás cuánto te paso.

—El lunes, Àlex.

Asentí. Agradecí que lo dijera con esa naturalidad. Me permitía quedarme allí sin tener que convertir cada gesto suyo en una deuda.

Después de comer dormí más de lo previsto. Me despertó el ruido de la ducha y tardé unos segundos en recordar qué techo estaba mirando. Tenía el brazo dormido y la marca de una costura en la mejilla. Fui a la cocina a beber agua. Toni apareció secándose el pelo.

—Esta noche hay una fiesta en casa de Laura. Es su cumpleaños. Le he dicho que igual venías.

—Me acabas de ver la cara.

—La ducha está libre.

Me apoyé en la encimera. Por el patio subía el olor de una cena temprana. Me habría resultado fácil volver a la cama y pasarme la noche mirando pisos que no podía visitar hasta el lunes.

—¿Cuánta gente?

—Quince, veinte. Tiene una terraza. Si te cansas, te vas. Llevas llaves.

Las tenía en el bolsillo del pantalón, junto al billete arrugado.

—Una hora —dije.

—Vale.

—Te lo digo en serio.

—Que sí. Si te quieres ir, me lo dices y nos vamos.

Le tiré el trapo de la taza. Lo atrapó contra el pecho y se rio.

Elegí una camisa que había doblado con mucho optimismo y la colgué en el baño mientras me duchaba. Al ponérmela seguía arrugada. Me remangué y decidí que, con suerte, la luz ayudaría.

En el rellano de su piso de Gràcia, Laura abrió con un cuenco de aceitunas en la mano. Besó a Toni, me dio dos besos y se apartó para dejarnos entrar. Alguien la llamaba desde la cocina. Nos indicó dónde dejar las bebidas y volvió a buscarla otra voz, esta vez preguntando por un sacacorchos.

El salón estaba lleno sin llegar a resultar incómodo. Habían apartado la mesa hacia una pared y montado una barra con vasos, hielo y botellas. La puerta de la terraza permanecía abierta; al fondo

se veían unas plantas y el respaldo de una silla. Cerca del altavoz, dos personas discutían una canción mientras una tercera intentaba cambiarla.

Toni me presentó a varios amigos. Retuve el nombre de uno y lo utilicé enseguida con otro. Me corrigieron entre risas. Yo también me reí, aunque a partir de entonces dejé de arriesgarme.

Con una cerveza en la mano y el hombro apoyado en la pared, fui dejando que las conversaciones pasaran a mi alrededor. El cansancio me hacía llegar tarde a los chistes. Cuando conseguía pensar una respuesta, ya estaban hablando de otra cosa.

Entonces la vi junto a la puerta de la terraza.

Llevaba un vestido verde y se había recogido el pelo de cualquier manera, con algunos mechones sueltos en la nuca. Escuchaba a un hombre que hablaba moviendo mucho las manos. Ella sujetaba un vaso vacío y pasaba un dedo por el borde. Miró hacia la barra y sus ojos se cruzaron con los míos.

Me quedé mirándola el tiempo suficiente para que resultara evidente.

Sonrió.

Le devolví la sonrisa con la botella a medio camino de la boca. Bebí por darle algún sentido al movimiento y tragué mal. Bajé la cabeza, tosí contra el hombro y deseé que alguna de las plantas de la terraza necesitara urgentemente mi sitio.

Cuando volví a mirar, ella se reía. Levantó su vaso vacío un poco, a modo de saludo. Yo hice lo

mismo con la botella, esta vez manteniéndola lejos de la cara.

Se despidió del hombre con una mano en su brazo y fue hacia la barra. Dejó el vaso, cogió otro y abrió una botella de agua. Antes de servirse, me miró de nuevo.

Podía acercarme. La distancia era ridícula para la cantidad de cosas que me estaba dando tiempo a pensar.

Dejé mi cerveza en la mesa y fui hasta ella.

—¿Me pasas un vaso?

Cogió uno de la pila y me lo tendió.

—Prueba con agua. Parece menos peligrosa.

—Ha sido un problema de coordinación.

—Lo he visto bastante bien desde allí.

Tenía una voz cálida, algo ronca. De cerca distinguí una pequeña arruga en la tela de su vestido, donde había estado apoyando el vaso contra la cadera. Me fijé en aquello con una atención absurda mientras ella me servía agua.

—Soy Àlex.

—Nikky.

Repetí su nombre al darle las gracias. Ella levantó la vista y sostuvo la mía un instante. Me gustó tanto que tuve que acordarme de dejar la botella sobre la mesa.

—¿Conoces a Laura? —preguntó.

—Desde hace unos diez minutos. He venido con Toni.

Lo buscamos entre la gente. Estaba agachado junto al altavoz, señalando un cable con la seguridad de un hombre que guardaba muchos.

—Yo lo conozco de un par de cenas —dijo Nikky—. Una acabó con él haciendo una tortilla a las dos de la mañana.

—Eso cuenta como una cena buena.

—Pues... tuvimos que comerla con cucharas.

—Su especialidad.

Nikky se rio y me dejó espacio junto a la barra. Al moverme, mi manga rozó su brazo. Noté el contacto a través de la tela y procuré acomodarme sin echarme demasiado encima. Ella se quedó donde estaba.

—¿Sueles conocer a la cumpleañera el mismo día de la fiesta? —preguntó.

—Suelo aprenderme su nombre antes de llegar.

—Una costumbre preciosa.

—Hoy voy un poco justo. Acabo de mudarme.

Me preguntó de dónde venía. Le hablé del pueblo, del camino al faro y del tren. Mientras lo contaba me sorprendió que aquella mañana hubiera ocurrido ese mismo día. Ella escuchó sin buscar a nadie por encima de mi hombro.

—¿Tienes cerca el mar? —dijo.

—Lo tenía a diez minutos de casa. Quince si me encontraba a alguien.

—Eso es algo que yo echaría de menos.

—Esta mañana he ido a despedirme del faro.

Me arrepentí un poco al decirlo. Nikky inclinó la cabeza, esperando.

—Le he hecho una foto —añadí.

—Enséñamela.

Saqué el teléfono. Tuve que secarme el dedo en el pantalón para desbloquearlo. Al abrir la imagen, ella se acercó hasta apoyar ligeramente el hombro en el mío. Olía a jabón y a algo suave que apenas percibí antes de que me preguntara por el sendero.

Amplíé la fotografía. Mi mano tapaba parte de la pantalla y Nikky me sujetó dos dedos para apartarlos. Se quedó así mientras buscaba el final del camino.

—¿Se puede bajar hasta el agua?

—Por el otro lado. Hay escalones.

—¿Muchos?

—Tantos como para que se noten a la vuelta.

—Me gusta que me lo digas.

Me soltó los dedos. Guardé el móvil despacio, con el hombro todavía pendiente de ella.

Alguien pidió permiso para coger hielo. Nos apartamos a la vez y acabamos junto al extremo de la barra, donde un cuenco de patatas ocupaba el único espacio libre. Nikky cogió una y me ofreció el cuenco.

—¿Has venido por trabajo?

Le conté lo del lunes. Al pronunciar el nombre del puesto me enderecé un poco. Seguía haciéndome ilusión, incluso con el sueño pegado detrás de los ojos.

—¿Videojuegos? —dijo—. Tengo una queja.

—Todavía puedo echar la culpa a los anteriores.

—Me pierdo siempre. Entro en una habitación, doy dos vueltas y salgo por donde he entrado. Alguien debería pensar en nosotros.

—Ponemos mapas.

—Los miro. También me pierdo en el mapa.

Me reí. Ella esperaba una solución con una seriedad que le duró hasta que me vio reír.

—A mí me gusta explorar —dije—. De pequeño podía pasarme una tarde buscando un sitio que había visto de lejos.

—Yo quiero llegar y ver qué pasa allí. Si paso media hora buscando una puerta, me voy a hacer la cena.

Estuve a punto de explicarle por qué orientarse formaba parte de la experiencia. Nikky cogió otra patata. Me imaginé soltándole un discurso de trabajo al lado del hielo y bebí agua.

—¿Y si pudieras preguntar a alguien dentro del juego?

—Eso estaría bien. A alguien que entendiera «estoy al lado de un árbol».

—Un servicio complicado.

—Tienes todo el domingo.

Nos reímos. Le pregunté qué le gustaría encontrar al llegar a ese sitio. Se tomó un momento para responder.

—Una casa donde pudiera entrar. Me fastidian las ventanas iluminadas y las puertas cerradas en los juegos. Quiero ver quién vive allí.

—Tú quieres visitar a los vecinos.

—Quiero curiosar. Y que haya algo en los cajones.

Pensé en mi taza sobre la encimera de Toni. Le conté que había viajado conmigo envuelta en un trapo, entre ropa y un teclado. Nikky bajó los ojos hacia mi vaso y sonrió antes de decir nada.

—Yo traje una caja de botones en mi primera mudanza.

—¿Cosos?

—Lo justo para que algo aguante hasta la próxima vez que me lo ponga. Eran de mi abuela. Tenía una lata y me dejaba ordenarlos en su mesa.

Movió la mano sobre la barra, separando pequeños montones imaginarios.

—Los grandes aquí, los de colores aquí... Podía estar horas. Ella luego lo metía todo junto otra vez.

—Te preparaba la siguiente visita.

La sonrisa le cambió un poco.

—Sí. Creo que se lo pasaba bien conmigo.

Me quedé callado. En el salón empezó otra canción y alguien protestó porque la habían cortado demasiado pronto. Nikky volvió la cabeza hacia el altavoz. Cuando me miró de nuevo, yo todavía estaba pensando en aquella mujer mezclando botones para que su nieta pudiera ordenarlos.

—¿Conservas la caja?

—En el cajón de la mesilla. Pesa más de lo que parece.

Asentí. Me apeteció contarle algo más, aunque aún ignoraba qué. Había llegado esperando pasar

una hora sin estorbar y me encontraba buscando un recuerdo que pudiera poner al lado del suyo.

Laura apareció con una bolsa de hielo contra el pecho. Nikky la ayudó a vaciarla en un cubo y se inclinó para escuchar lo que le decía al oído. Después se abrazaron. Yo recogí la bolsa vacía y busqué dónde tirarla.

Cuando volví, el sitio junto a Nikky seguía libre.

—Pensaba que te habíamos perdido —dijo.

—He encontrado tres cubos debajo del fregadero. Quería acertar.

Me sonrió y me cogió de la manga para acercarme: alguien pasaba detrás de mí con una bandeja. Quedamos frente a frente, tan cerca que me costó mantener la frase que estaba preparando. Ella bajó la mano hasta mi muñeca y la dejó allí un segundo antes de soltarme.

—Aquí empieza a hacer calor —dijo.

Miré hacia la terraza. Habían quedado dos sillas libres junto a las plantas. Toni, desde el sofá, me preguntó con un gesto si quería irme. Negué con la cabeza y él volvió a su conversación.

—¿Salimos un rato? —le pregunté a Nikky.

Cogió la botella de agua y me dio uno de los vasos.

—Sí. Me debes algo.

La miré, intentando recordar.

—Una casa a la que se pueda entrar —dijo—. Quiero saber qué pondrías dentro.

La seguí entre la gente. Al llegar a la puerta me hizo sitio a su lado y esperó mi respuesta.

Continúa con Nikky

Has leído el primer capítulo de
Con amor, Nikky.

Encontrarás la novela y más sobre su historia en

danielmgivaudan.com

Daniel M. Givaudan

Inmarcesible

© Daniel M. Givaudan, 2026. Todos los derechos reservados.

Muestra gratuita: capítulo I completo.